

Ancient Near East Texts relating to the Old Testament. Edited by JAMES B. PRITCHARD. Second edition corrected and enlarged. Princeton, N. J. Princeton University Press, 1955, xxi 4-544 pp.

ÉTIENNE DRILON, Dr. GEORGES CONTENAU et J. DUCHESNE-GUILLEMIN, *Les religions de l'Orient ancien*, París, Arthème Fayard, 1957, 143 pp. (Coll. "Je sais - Je crois", 141).

El interesado en las civilizaciones orientales (Egipto y Asia Anterior, especialmente) disponía hasta ahora de una obra "standard" para el acceso a los textos que esas culturas antiguas nos han legado, y que tanta luz arrojan sobre la historia y la religión de Israel: son los *Altorientalische Texte und Bilder zum alten Testament*, editados por H. Gressmann con la sabia colaboración de Ungnad, Ranke, Ebeling y Rhodokanakis (2 vols., 2ª ed., Berlin-Leipzig, 1926-1927). Sin embargo, al publicarse en 1950 la óptima compilación dirigida por James B. Pritchard, profesor de Antiguo Testamento en la Church Divinity School of the Pacific (Berkeley, California), fué elogiosamente recibida por la crítica, pues supera a la de Gressmann, cuyas excelencias todos reconocen (versiones fidedignas, comentarios y notas autorizadosísimos, etc.), pero que se ha ido quedando atrás en virtud de los nuevos materiales acumulados en los últimos decenios. Aparte, claro está, de que la investigación arqueológica y filológica relativa al Oriente Próximo ha sufrido cambios importantes desde hace treinta años. La obra de Pritchard refleja bien el estado actual de las cuestiones y, además, ofrece —junto con muchos textos que no figuran en Gressmann— traducciones más depuradas.

Basta la simple mención del equipo de colaboradores para formarse ya un juicio valorativo de los textos editados por la Universidad de Princeton: William F. Albright (Johns Hopkins University), Harold L. Ginsberg (Jewish Theological Seminary of America), Albrecht Goetze (Yale University), Samuel N. Kramer (University of Pennsylvania), A. Leo Oppenheim (Oriental Institute of Chicago), E. A. Speiser (University of Pennsylvania), John A. Wilson (Oriental Institute of Chicago), Robert H. Pfeiffer (Harvard University), Franz Rosenthal (Yale University), Theophile J. Meek (University of Toronto), Abraham Sachs (Brown University), Ferris J. Stephens (Secretario de la American Oriental Society) y A. Jamme, epigrafista conocido por sus trabajos sobre la Arabia meridional. Escasas publicaciones han agrupado, ciertamente, nombres tan insignes como éstos.

No sólo en orden a la masa documental (mitos, poemas épicos y leyendas, textos legales, históricos, rituales y mágicos, descripciones de festejos, himnos y plegarias, textos didácticos y sapienciales, lamentaciones, cantos y poemas profanos, epístolas...), sino también por el plan adoptado para la presentación de tan vastos materiales, el libro aquí reseñado es una de las más positivas contribuciones al estudio del Cercano Oriente. A cada texto notable precede una somera introducción, se indican su procedencia y fecha de composición, remítase a las traducciones críticas, se añaden eruditos datos bibliográficos y notas aclaratorias cuando los pasajes son oscuros, y se clasifican las obras por lenguas y por tipos literarios. Puede afirmarse que en los *Texts* de Pritchard está reunida la producción más valiosa del Asia Occidental (exceptuado el Irán) y de Egipto: abarcan, pues, un ámbito dilatadísimo, tanto en el espacio como en el tiempo, ya que aparecen representados todos los géneros, pueblos y épocas antiguos (egipcios, sumerios, acadios —babilónicos y asirios—, canaanos, hititas, sirios, árabes del Sur, etc.). En total, el número de textos asciende a 264.

El lector con sensibilidad poética hallará los bellísimos himnos a Atón y al Nilo; la "Canción del arpista", según el papiro Harris 500 (British Museum 10060), canción que exalta los goces vitales, terrenos, como en el hedonista carpe diem horaciano; el "Poema de la Creación" babilónico (Enúma *elish*); la grandiosa epopeya de Gilgamesh; el mito sumerio del Paraíso (Enki y Ninhmsag); la solemne "Lamentación por la ruina de Ur"; los simbólicos mitos de Adapa y Etana; el relato sumerio del Diluvio; la narración de Sinuhé, el egipcio, uno de los clásicos de la literatura universal; el "Descenso de Ishtar a los Infiernos", arrastrada por su amor a Tammuz, el dios que muere y renace con la vegetación; el grave himno a Shamash; los poemas ugaríticos de Ba'al y Anath; la leyenda de Sargón, el conquistador, tan semejante a las de Moisés, Ciro y Rómulo y Remo, etcétera, etc. Pero si el lector vuelve su atención hacia la vida de aquellos pueblos, en sus aspectos jurídicos, políticos, morales, sociales y económicos, encontrará las famosas "Instrucciones de Ptah-hotep" y Meri-ka-Re, los códigos de leyes de Lipit-Ishtar y Hammurabi, los Anales de Asiría, las campañas asiáticas de Thutmés III, el primer tratado internacional de la Historia entre Hattusil III y Ramsés II (1278), los papiros y *ostraka* arameos, las inscripciones palestinas o sudarábigas, etc. Y si es la sabiduría oriental lo que aviva su curiosidad humanística, podrá gozar entonces no sólo de cuantos textos —profanos, religiosos, mitológicos— se acaban de enumerar, sino asimismo de obras como el "Diálogo de un hombre cansado de la vida con su alma", las "Protestas del campesino elocuente", la "Instrucción de Amen-em-Opet" (cf. un paralelo con los Proverbios del A. T., 22:17-24-22) y las "Admoniciones de Ipu-wer", obras maestras del pensamiento egipcio; o también el "Diálogo sobre la miseria humana", acadio, y demás expresiones del tema Hombre-Destino, cuyos puntos de contacto con la Biblia (*Libro de Job*, por ejemplo) son evidentes.

Esta segunda edición mejora bastante la primera: el texto ha sido revisado en todas sus partes, habiéndose puesto al día y ampliado la bibliografía. Se han añadido, para las inscripciones canaaneas, arameas y sudarábigas, dos secciones a cargo —respectivamente— de los profesores Rosenthal y Jamme. A su vez, Speiser ha incluido nuevos textos acadios del Enúma *elish*, Gilgamesh y mito de Zü (cf. pp. 514-516). Se han introducido, además, ciertos cambios en la cronología egipcia, para establecer el necesario sincronismo entre Akh-en-Aton y Ashur-uballit I de Asiría, quien comenzó su reinado hacia 1356 a. Ch.

La obra tiene cinco índices muy detallados: uno al abrirse el volumen, por tipos literarios; otro al final, por lenguas; el de referencias bíblicas; el de nombres y, finalmente, uno especial para los nombres que aparecen en las inscripciones.

No pocos de los textos aquí recopilados se traducen por primera vez al inglés, y, algunos, incluso a cualquier lengua moderna.

El estudiante de Historia Antigua se beneficiará, tanto como el de Filosofía, consultando desde ahora este inapreciable corpus, útil por igual a los especialistas y al público ilustrado¹.

No abundan las visiones generales que den una idea científica y, sobre todo, clara, de las religiones del antiguo Oriente Próximo. La serie "Mana", por ejemplo, es un conjunto de pequeñas monografías sin unidad interna, cuyos autores (Dhorme,

¹ Sobre los problemas acerca de la divinidad, el hombre y la naturaleza en Egipto, Mesopotamia e Israel, cf. H. y H. FRANKFORT, J. A. WILSON, T. JACOBSEN y W. A. IRWIN, *The Intellectual Adventure of Ancient Man*, The University Chicago Press, 1946 (trad. espi., *El pensamiento pre filosófico*, 2 vols., México, FCE, 1954, Breviarios núms. 97 y 98), donde se hacen frecuentes citas textuales que la obra de Pritchard ayuda a precisar y completar.

Vandier, Dussaud, Picard, Grenier . .) han procurado —magistralmente— compendiar lo que se sabe acerca de esas religiones, así como de informar sobre los trabajos y cuestiones litigiosas que suscitan; pero, en realidad, no puede considerarse tal serie un “panorama”. Otras exposiciones (*Christus*, dirigida por el P. Huby, S. J.; el *Manuale*, también en colaboración, de Turchi; la excelente síntesis de Ciernen; la *Storia* dirigida por el P. Tacchi-Venturi, S. J., etc.), o resultan ya anticuadas en ciertos capítulos, o son demasiado extensas como para servir de “introducciones”. Por eso el esquema de Drioton, Contenau y Duchesne-Guillemin —especialistas de reconocida competencia— llega oportunamente. Además, sólo maestros genuinos como ellos logran salir airosos del intento, pues condensar en 140 páginas la historia de las religiones egipcia, asiánicas, asiro-babilónica, fenicia e irania, es, a decir verdad, una empresa difícil.

Drioton resume en cinco capítulos la religión egipcia: I. Las creencias (dioses territoriales, cósmicos, secundarios). II. Las especulaciones religiosas (mitologías, teologías, sabiduría). III. Desarrollo histórico de la religión egipcia. IV. La práctica de la religión (templos, ritual, oráculos, supersticiones y magia). V. El culto de los muertos. Añade una bibliografía selecta, en la cual, no obstante, ha sido extrañamente olvidado el maestro de maestros Adolf Erman.

Afirma el A. la existencia de un ‘monoteísmo filosófico’ egipcio, que no evolucionó teológicamente (Akh-en-Aton es un romántico episodio) debido al peso de la tradición. Hubiera sido necesario, para llegar a más altos niveles, suprimir todos los dioses y sus respectivos cultos, o bien instaurar un henoteísmo a manera de compromiso pero los cultos locales impedían la adopción de semejantes fórmulas. “Resultó así —explica Drioton— una progresiva confusión en las ideas y en su terminología, lo que condujo rápidamente a una especie de panteísmo divino, según el cual todos los dioses eran asimilables unos a otros y aparecían, por tanto, en grados diversos, como manifestaciones de Dios” (p. 53). Aparte de que el horizonte intelectual de los egipcios correspondía al viejo ciclo de civilización prehistórica, ciclo caracterizado por un excesivo respeto a la tradición, contra la que se estrellaron los esfuerzos de aisladas individualidades y de algunos colegios sacerdotales.

Drioton se limita a ofrecer aquí lo esencial de los trabajos que sobre la religión egipcia ha venido publicando en forma de libros y artículos técnicos de revista (v. una exposición más amplia, del mismo autor, en la *Histoire des religions* dirigida por M. Brillant y R. Aigrain, t. III, Paris, Bloud & Gay, s. d., pp. 7-147). Su tesis monoteísta es afín a la de H. Junker³, y también a las de los primeros egiptólogos franceses (Mariette, de Rougé, Pierret); tesis que, sin embargo, no admiten Kees y Stock. En opinión de Etienne Drioton, el ‘monoteísmo’ egipcio sería el de las escuelas de escribas, algo así como una religión natural o creencia en un Ser Supremo, personal y consciente, acerca del cual se muestran explícitos los textos sapienciales.

Las religiones antiguas del Asia Occidental están a cargo del doctor Contenau, quien ve las asiánicas como “religiones naturalistas que rinden culto al principio de fertilidad y fecundidad expresado por una pareja divina, el Gran Dios de las cimas, de la tempestad, y la Gran Diosa, y a veces por la presencia —como en las familias

¹ Raffakle Pettazzoni ha escrito, refiriéndose al henoteísmo y la “herejía” amarriana: “El famoso himno egipcio que, inspirándose en las ideas religiosas de Amenofis IV, invoca a Atón, el Sol, como ‘dios único’, se encuentra tan lejos del verdadero monoteísmo en cuanto negación absoluta de todo ser divino excepto el Uno, como los himnos védicos que celebraban a Indra como ‘dios aparte del cual no hay otros’ (*Rig-Veda*, VI 21 10*, cf. I 81 K-165.9; IV 30.1; VII 82.23)*”. Cf. “El espíritu del paganismo”, en *Diogenea*, ed. espña, No V marzo 1955, p. 1.

* H. Junker, *Dxé Götterlehre von Memphis*, Berlín, 1940; *PvramidENZEIT* Einsiedeln 1949, etc. Este investigador ha glosado los textos más significativos del Imperio AnSruo' textos que, según su interpretación, aluden a un Dios único por nombre *Wr*, “el Grande”!

humanas— de un dios joven, cuyos atributos son aproximadamente los mismos del Gran Dios y que se presenta como hijo de ambos" (p. 59). Esta concepción la hallamos, dice Contenau, entre los hititas (hatti), fenicios, hurritas, urartios y elamitas (desde luego, también entre los sumerios). Pero —advirtámoslo— no se trata de un rasgo exclusivo del grupo asiánico, pues la tríada es común a otras religiones (v. gr. la egipcia) y, además, el verdadero sustrato —presemítico y preindoeuropeo— del Asia Anterior lo constituye la Gran Diosa en sus múltiples hierofanías o epifanías, debiendo ocupar así jerárquicamente el primer lugar con relación al Gran Dios y al dios joven, porque sólo ella es protagonista del drama cósmico. Ampliemos, por otra parte, el área de tales religiones naturalistas, ya que comprende el Mediterráneo (singularmente Creta), el valle del Indo y las llanuras aluviales de China. Jean Przyluski ha mostrado cómo la Gran Diosa (la Tierra Madre y también las aguas) fué objeto de culto en casi todo el mundo antiguo, si bien ese culto revistió formas típicas dentro del marco cgeo-asiánico (cf. *La Grande Déesse*, Paris, Payot, 1950, pp. 23-79).

El capítulo siguiente es un bosquejo de la religión fenicia, hoy día mejor conocida gracias a las tabletas cuneiformes —en escritura alfabética— de Ras Shamra-Ugarit, en la costa siria frente a Chipre.

Por último, hace Contenau una ceñida pero jugosa síntesis de las religiones sumeria y asiro-babilónica, con esa seguridad que da el estar familiarizado con sus problemas desde comienzos de siglo. El cielo y los dioses, la divinidad y el hombre, el culto y las prácticas religiosas, explícalos el gran asiriólogo francés perfectamente. El balance que, según Contenau, presenta la religión mesopotámica, es inferior al de otras: carácter sombrío, extremada superstición, ausencia de retribución futura —sin esperanzas de un más allá mejor—, politeísmo inveterado, etc. (cf. p. 97). La bibliografía, seleccionada, recoge los trabajos más sólidos y recientes.

J. Duchesne-Guillemin, profesor en la Universidad de Lieja (Bélgica), ha sabido resumir, él también, la religión irania. Los conceptos fundamentales aparecen definidos en el capítulo I, a manera de pequeño diccionario: "Magos", "Zarathusthra", "Avesta", "Ahura Mazdáh", "Ahriman", "Mithra", "Escatología", "Zervanismo", "Parsismo", etc. El capítulo II trata de los contactos y préstamos entre el Irán y Grecia, Israel y el Irán, el gnosticismo..., temas que Duchesne-Guillemin domina (v. su interesante libro *Ormazd et Ahriman. L'aventure dualiste dans l'Antiquité*, Paris, PUF, 1952). La nota bibliográfica está al día.

En suma: una buena introducción al conocimiento de las religiones antiguas del Oriente Próximo, cuyas interferencias con la de Israel —por lo menos literarias— han puesto de relieve la originalidad del monoteísmo hebreo frente a los credos gentiles.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS

Universidad Nacional.
Bogotá, D. E.